

ARAGON: TIEMPO DE BRUMAS

José María SERRANO SANZ

INTRODUCCION

LOS primeros pasos de la economía española en este último decenio del siglo fueron titubeantes, pero la situación de 1993 nos hace añorar aquel comienzo; entonces era posible la esperanza. No era difícil creer en otros dorados sesenta cuando íbamos de la mano de Europa, los mercados petrolíferos estaban en calma para largo tiempo y nuevas tecnologías habían tomado el relevo en una industria que emergía del abatimiento anterior. Los problemas de 1990-91 eran solamente el punto bajo del ciclo, decían las autoridades, satisfechas de haber conducido con maestría la demanda como en los viejos tiempos del *stop and go*; en 1992 ya debíamos recuperar el 3 por 100 de crecimiento, rezaba hace sólo unos meses el olvidado Programa de Convergencia. Pero nada de ello resulta creíble ahora.

Asociarnos a los países comunitarios abre posibilidades, pero en modo alguno contiene una garantía de crecimiento. Las brumas que se ciernen sobre la escena internacional no parecen despejarse en lo económico con la presteza con la que desaparecieron políticamente los regímenes comunistas. En España, los años del crecimiento dejaron una serie de pasivos que ahora deberíamos lamentar no haber afrontado: una reforma institucional pendiente en ámbitos clave como los mercados de factores productivos o el sector servicios, un déficit público reconvertido en

estructural desde 1989, una política de rigor ceñida a lo monetario y cambiario, que ha descargado el coste del ajuste sobre un exhausto sector exterior, y una crispación entre los agentes sociales y con el gobierno, prisioneros de un dilema como el que nos describe la teoría de juegos, que hace imposible la cooperación.

Al ritmo al que lo ha hecho el español, se ha desplomado el crecimiento de la economía aragonesa en 1992, y eso es lo que se estudia en el apartado I de este trabajo. Las revisiones que se han hecho de las estimaciones de la Fundación FIES sobre el período 1985-92 proyectan la sombra de las brumas hasta el pasado inmediato y obligan a reconsiderar el papel de la economía aragonesa en el ciclo expansivo de la economía española; a ello se dedica el apartado II.

Analizar un ciclo completo en la economía de una región, y no sólo una coyuntura particular, ilumina con nuevas luces su realidad, pero hay tendencias que traspasan el ciclo y únicamente se perciben cuando se sobrevuela un período más largo o se presta atención a factores aún no escritos en las cifras. Sólo con esta perspectiva más amplia —porque se ensancha el tiempo o el objeto de análisis— podemos decir algo razonable sobre el futuro. Proyectar hacia adelante las tendencias numéricas del pasado inmediato sin otra consideración, como se hace en tantos estudios de prospectiva, es un recurso fá-

cil, pero a menudo inútil; bien puede observarse esto con una simple ojeada a las previsiones que en los últimos años han hecho sobre la economía española organismos nacionales o extranjeros, instituciones públicas o gabinetes privados. Las predicciones cuantificadas en economía son un argumento más para opinar sobre un porvenir incierto, pero no pueden sustituir a una discusión seria acerca de los condicionamientos que pesan sobre una realidad, sencillamente porque son más inexactas, a pesar de su apariencia de precisión. Con estas ideas intentamos aproximarnos al futuro en el apartado III.

I. UN PARTE COYUNTURAL DE 1992

Analizar en el momento la situación coyuntural de una economía regional es tarea más ardua de lo que a primera vista puede parecer. Con frecuencia, se dispone sólo de un mosaico de evidencias fragmentarias —en ocasiones contradictorias— donde apoyar las hipótesis. De otro lado, la escasez de indicadores específicamente regionales reduce la información disponible a los datos de empleo, precios y estimaciones muy indirectas, si se quieren inmediatas, de cómo evoluciona la producción. Finalmente, en regiones de tamaño económico reducido, como es el caso de Aragón, ciertos hechos ocasionales (una inversión significativa, una quiebra resonante) pueden deslumbrar como fogonazos que distorsionen la marcha de fondo de la economía. Se explica así que exista siempre una cierta inseguridad sobre los datos que tratan de reflejar la evolución de la economía aragonesa —como de otras de característi-

cas similares—, y hasta que se puedan producir vuelcos entre unas estimaciones preliminares y otras más elaboradas, como ha ocurrido con los datos del año 1992.

De acuerdo con los resultados de la Fundación FIES —nuestro principal soporte para seguir la producción regional—, la economía aragonesa creció en 1992 un 0,5 por 100; es decir, dos décimas menos que el conjunto de la española. Este resultado se explicaría, de acuerdo con la misma fuente, por un mal año agrícola, el final de un ciclo en la construcción y la debilidad de la coyuntura industrial; factores todos ellos que no habrían podido ser compensados por el sector servicios. Así, la economía aragonesa habría entrado de lleno en la recesión durante los últimos meses de 1992, perdiendo casi completamente el brillo que se le atribuía con generalidad en los ochenta. Conviene, sin embargo, profundizar en el comportamiento sectorial, para tener después una perspectiva más rica del conjunto.

El mal año agrícola viene a continuar una tendencia que, con pocas excepciones, se mantiene desde el comienzo de los ochenta y sobre la que no ha actuado como revulsivo la entrada en la Comunidad Europea. Es un destino que la agricultura aragonesa comparte con la española, porque siendo más productiva que ésta, se halla lejos de la comunitaria. Las dificultades para adaptarse a un nuevo entorno están siendo muy grandes, algo que se debía haber previsto, dado lo envejecido de la población en el campo, que no la hace proclive al cambio, las deficiencias organizativas en el sector y la falta de tradición para competir en mercados internacionales, aparte de

las propias condiciones naturales de la agricultura española. En el caso de Aragón, 1992 ha sido un mal año en cereales y fruta, mientras la ganadería continúa su estancamiento, pero esto no ha impedido un aumento de la ocupación, sin duda más por inercia —las dificultades en la economía de las ciudades han debido retener población— que por méritos propios; en todo caso, el aumento de la ocupación ha reducido la productividad, demostrando que no es esa la buena dirección.

Las dificultades de la agricultura aragonesa tienen otras raíces, que son comunes con las que explican algunos problemas de la industria regional y, en realidad, pertenecen al dominio de lo nacional; en concreto, a la política económica de los últimos años, que ha hecho recaer el peso del ajuste sobre los sectores de bienes internacionalmente comerciables; es decir, sobre la agricultura y la industria.

La indiciación de los salarios —que remite a deficiencias institucionales del mercado de trabajo, dado el nivel de paro— y la incapacidad para desregular los servicios introduciendo competencia han hecho del estímulo a las importaciones el único complemento antiinflacionista de la política monetaria restrictiva. Un estímulo materializado en un tipo de cambio sobrevalorado, desde la óptica de la balanza por cuenta corriente, que ha conseguido contener los precios de los bienes comerciables, y parcialmente la inflación, pero que ha rasgado una parte del tejido productivo nacional en la agricultura y, sobre todo, en la industria. Un aparato productivo que estaba siendo sometido, al mismo tiempo, a un desarme arancelario asimétrico (una desprotección intensa y una

eliminación de subvenciones encubiertas a la exportación, frente a cambios escasísimos en el régimen comercial de los otros) para el que no se le ofrecían muchas compensaciones.

A esto se añade la necesidad continua de financiación exterior —dada la falta de ahorro nacional, el déficit público y la política monetaria restrictiva—, que ha convertido crecientemente a los tipos de interés en el único argumento para conseguirla, por el acortamiento progresivo de los plazos, y para sostener el tipo de cambio, garantía, a su vez, ofrecida a los inversores extranjeros. Tipos de interés elevados, tipo de cambio apreciado, pero frágil, y necesidad de ahorro exterior han convertido al sector real de la economía española en rehén de los condicionamientos financieros, y esto es algo que no se puede desconocer al analizar las dificultades de sectores (como la agricultura o la industria) que no pueden trasladar a precios sus incrementos de costes por la competencia internacional, y en los que no aparecen estímulos claros para la inversión porque, además, la demanda es débil.

Volviendo al devenir de la industria aragonesa en 1992, conviene aclarar dos cosas de inmediato. Primera, que, sumida en el mismo marasmo que la industria española, parece haber resistido mejor, de acuerdo con las cifras de la Fundación FIES, ya que ha tenido un crecimiento positivo, aunque escaso, frente a un descenso de la producción nacional. Segunda, que en algunos indicadores aparecen evidencias contradictorias con el estancamiento diagnosticado; así, las inversiones en Aragón, según el Registro, han crecido de forma espectacular, tanto en ampliaciones como en inversión nueva, cuando en

1991 fueron menores que en el año precedente, y el consumo de energía eléctrica en la industria también ha recuperado un dinamismo del que careció en 1991.

La construcción ha sido el otro sector que, de acuerdo con los datos de la Fundación FIES, ha tenido en Aragón un comportamiento mejor que en España, aunque haya sido negativo en ambos casos. La caída en la licitación de obras públicas, que ha afectado a todas las administraciones, ha sido el determinante principal del estancamiento de la construcción, porque en el caso de la vivienda la actividad se sostiene mejor, aunque no sean tiempos de optimismo. De cualquier modo, hasta el tercer trimestre de 1992 (últimas cifras disponibles) había aumentado la ocu-

pación en el sector, y esto también es un dato a considerar.

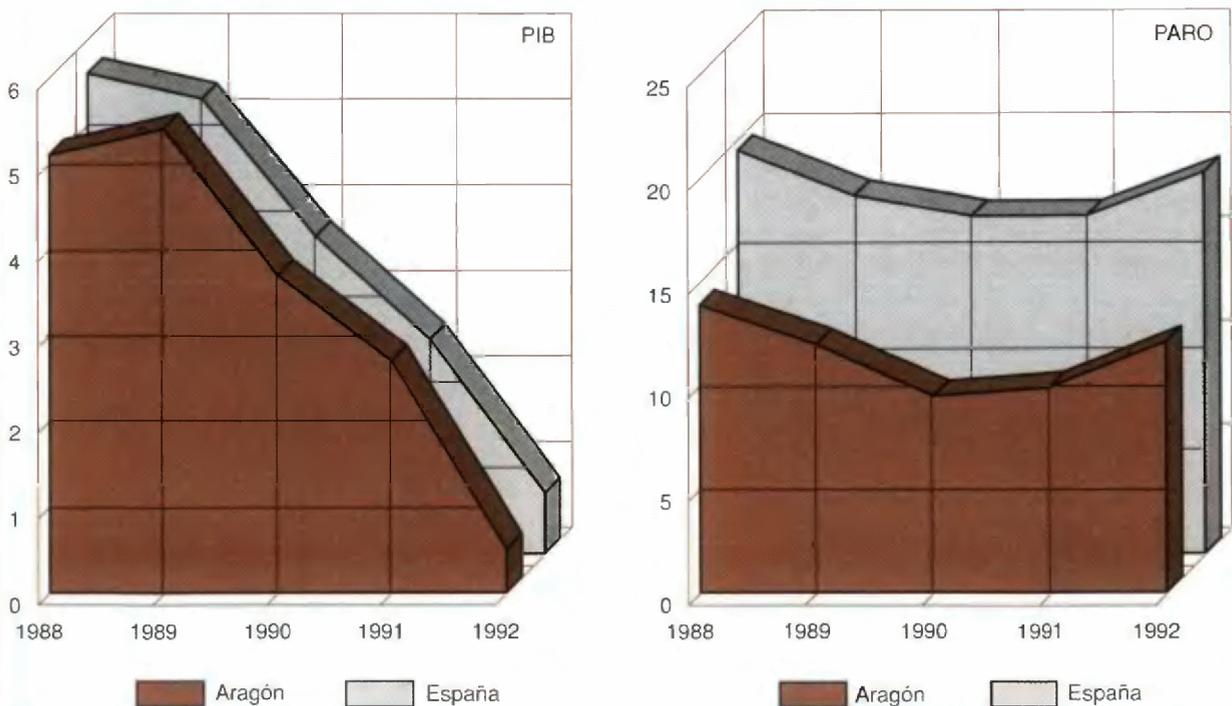
El sector servicios, como suele ocurrir, mantiene un tono más estable, sea por un empleo más rígido en las administraciones públicas, por una demanda con menores fluctuaciones, o simplemente por el efecto precios, que le permite aumentar sus rentas relativas ante los otros sectores por la falta de competencia.

En definitiva, la economía aragonesa habría crecido, siguiendo las estimaciones de la Fundación FIES, por debajo de la española en 1992, aunque persisten otros datos que permiten matizar el pesimismo que de ahí se deriva. El principal de ellos es la situación del mercado de trabajo regional, del que se obtiene continuada-

mente en los últimos años, como dato más llamativo, una tasa de desempleo inferior a la española, aunque con un perfil parecido (gráfico 1). Este dato diferencial positivo no debe ocultar, en ningún caso, que también el mercado de trabajo en Aragón ha sido sensible al cambio de coyuntura y que la ocupación cae sistemáticamente desde 1991, aunque más de la mitad del nuevo desempleo de 1992 se explica por el aumento del número de activos (cuadro n.º 1). Las cifras del paro registrado iban a contracorriente del resto de indicadores, porque no cesan de disminuir desde 1988.

Para concluir este parte coyuntural de la economía aragonesa en 1992, es oportuno referirnos a los distintos agregados que tra-

GRAFICO 1
EL CICLO EN ARAGON Y EN ESPAÑA



tan de medir la posición relativa de la Región en el contexto español y en el europeo, porque se dispone, en estimaciones de la Fundación FIES, y por tanto homogéneas para 1992 y para 1989, no sólo del tradicional índice de PIB por habitante, sino de índices de la renta regional por habitante, renta familiar disponible por habitante y esta misma corregida con los precios relativos de cada región (cuadro n.º 2).

El PIB por habitante en Aragón es históricamente mayor que el español, y así continuó en 1992 (con un índice 108,1, siendo 100 el de España). La renta regional difiere del PIB en que incorpora las rentas percibidas fuera de Aragón por factores productivos residentes en la Región, y se han de restar las transferidas fuera de la Región por un motivo simétrico; en nuestro caso, la renta regional por habitante es menor que el PIB por habitante, como resultado de un saldo negativo en esa balanza. La renta familiar disponible se obtiene, tras la exclusión de las rentas de empresas y administraciones públicas, con la incorporación, principalmente, de las relaciones financieras de las familias y la hacienda pública (suma de transferencias y detracción de impuestos que les gravan directamente); en el caso de Ara-

CUADRO N.º 1

ACTIVIDAD, OCUPACION Y DESEMPLEO EN ARAGON (1988-1992)
(En miles de personas)

	Activos	Ocupados	Parados (EPA)	Parados Registro
1988	452,3	389,3	63,0	66,6
1989	456,5	401,5	55,0	58,0
1990	462,2	418,4	43,8	52,4
1991	457,6	412,3	45,3	49,5
1992	463,9	407,9	56,0	45,6

Fuente: EPA y Registro (medias anuales).

gón, es menor que el PIB por habitante, lo que significa que la Región transfiere renta al resto del país por la vía del sector público, siendo donante neta. Por último, si corregimos la renta familiar con los precios relativos de cada región, el índice mejora sustancialmente en Aragón, como consecuencia de un menor nivel de precios en nuestra comunidad, que permite mayor poder de compra a una misma renta. Este crecimiento de los precios en Aragón por debajo de los nacionales viene registrándose desde hace algunos años, tal vez por la escasa importancia en la Región del sector servicios, en el que se han localizado las tensiones inflacionistas durante estos últimos tiempos.

II. UN CONTEXTO MAS AMPLIO: LA ECONOMIA ARAGONESA EN EL CICLO 1985-1992

La incertidumbre que a menudo existe sobre las cifras más recientes de una economía regional —tanto acerca de su exactitud cuanto sobre lo que contienen de tendencia o excepción— se desvanece en parte considerando un período más amplio. Por ello, puede ser de interés examinar el comportamiento de la economía aragonesa en el ciclo que va de una crisis a otra, desde 1985 a 1992, que está ocupado en sus años intermedios por la etapa de expansión de finales de los ochenta. Comparar la situa-

CUADRO N.º 2

POSICION RELATIVA DE ARAGON ANTE ESPAÑA Y LAS COMUNIDADES EUROPEAS (1989 y 1992)

	PIB/HABITANTE		RENDA REGIONAL/HABITANTE		RENDA FAMILIAR DISPONIBLE/HABITANTE		RENDA FAMILIAR DISPONIBLE (CORREGIDA DE PRECIOS)/HABITANTE	
	1989	1992	1989	1992	1989	1992	1989	1992
España (100)	108,4	108,4	105,3	105,8	104,5	105,6	108,8	110,2
CE (100)	80,9	82,7	78,6	80,9	78,6	81,6	81,8	85,2

Fuente: Fundación FIES, de las Cajas de Ahorros Confederadas.

ción en los momentos inicial y final del ciclo nos permitirá, además, tomar nota de los cambios que éste ha introducido.

El primero de ellos, y más elemental en su análisis, es el producido en la estructura sectorial del empleo. La reducción del empleo agrícola, que continúa una tendencia anterior, ha sido de casi 25.000 ocupados de un total de 74.900 que había en 1985; aun así, el empleo agrícola en Aragón está por encima de la media española, y también hay una especialización relativa en producción. El número de ocupados en los otros tres sectores, en cambio, ha aumentado significativamente, no sólo compensando la reducción citada, sino creando empleo neto, aunque en cuantías muy dispares: 10.000 en la industria, 18.000 en la construcción y 50.000 en los servicios. De estas cifras llama inmediatamente la atención el crecimiento del empleo en la construcción, que casi se ha doblado entre 1985 y 1992, y ha especializado relativamente en el sector a la economía aragonesa actual, desde la perspectiva del empleo (cuadro n.º 3).

Este ha sido el único cambio en la especialización relativa (1) entre 1985 y 1992, y reflejado sólo en la vertiente del empleo. En conjunto, la economía aragonesa continúa con su especialización relativa en agricultura e industria (tanto en producción como en empleo). Al margen de que, como sucede con toda economía moderna, el grueso del factor trabajo esté empleado en el sector servicios y de aquí provenga también la mayor parte de la producción (cuadro n.º 4).

Si examinamos la eficiencia relativa de cada sector con relación al correspondiente de la economía española, medida a través

CUADRO N.º 3

DINAMISMO SECTORIAL Y CAMBIOS EN LA ESPECIALIZACION RELATIVA DE LA ECONOMIA ARAGONESA (1985-1992)

	Agricultura	Industria	Construcción	Servicios
Indice de dinamismo sectorial (Δ PIB Aragón = 100)				
1985-1992	80,2	101,6	136,0	98,8
Especialización relativa según empleo (España=100)				
1985	116,4	102,8	91,7	94,0
1989	115,7	119,8	91,0	90,3
1992	127,6	106,7	104,2	91,6
Especialización relativa según producción (España=100)				
1985	137,5	120,8	92,9	87,8
1989	126,0	126,1	87,3	88,8
1992	138,1	123,0	96,0	87,4

Fuente: Elaboración propia con datos de la Fundación FIES.

CUADRO N.º 4

LA ESTRUCTURA SECTORIAL DE PRODUCCION Y EMPLEO Y LA PRODUCTIVIDAD EN LA ECONOMIA ARAGONESA (1985 y 1992)

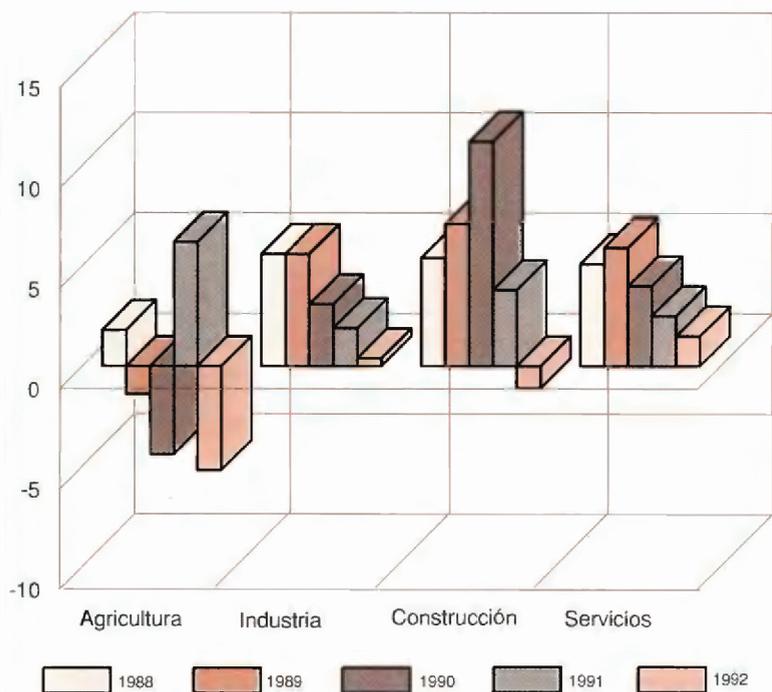
	Agricultura	Industria	Construcción	Servicios
1985				
Empleo	20,9	25,1	6,5	47,7
Producción	8,8	32,0	5,2	54,0
Productividad aparente. (España = 100).	120,2	119,7	109,3	95,2
1992				
Empleo	12,5	24,4	10,0	53,1
Producción	5,7	30,0	8,0	56,3
Productividad aparente. (España = 100).	108,3	116,7	89,7	96,4

Fuente: Elaboración propia con datos de la Fundación FIES y EPA.

de la productividad aparente del factor trabajo (2), encontramos —con bastante lógica— que los dos sectores aragoneses más productivos son la industria y la agricultura, y ello tanto en 1992 como en 1985. En cambio, el espectacular aumento del empleo en la construcción se ha producido

a costa de empeorar la productividad regional frente a la española. El sector servicios continúa ofreciendo en Aragón unos resultados modestos, con una productividad menor que la media, sin especialización relativa y con un dinamismo inferior al resto de la economía regional.

GRAFICO 2
EL PERFIL SECTORIAL DEL CICLO EN ARAGON



Al pasar al análisis del dinamismo sectorial (3) en el período, aparece una nueva evidencia, complementaria con la del empleo, del fuerte impulso de la construcción aragonesa, que, junto a la industria —en menor medida ésta— han impulsado al conjunto de la economía. En el otro extremo, los servicios, y sobre todo la agricultura, se han comportado como rémoras (cuadro número 3).

Podemos profundizar en este dinamismo sectorial mediante el análisis *shift-share* (4), que nos aclara si cabe atribuirlo al comportamiento de la economía nacional (efecto crecimiento nacional) o bien al propio sector (efecto neto total), y en este último caso se puede distinguir si domina la dinámica nacional del sec-

tor (efecto proporcional) o bien la regional (efecto diferencial). Los resultados se presentan en el cuadro n.º 5, y de ellos se deduce —de acuerdo con los datos de la Fundación FIES— que casi todo el crecimiento de la economía aragonesa en el período hay que atribuirlo al ciclo expansivo de la economía española, con la que está estrechamente asociada, como era conocido (Raymond, 1990). Sólo el sector de la construcción presenta un efecto diferencial positivo, además del proporcional, y, en consecuencia, un efecto neto total positivo; es decir, únicamente la construcción habría conseguido un crecimiento mayor que el debido al ciclo español.

III. ALGUNAS REFLEXIONES FINALES

En las páginas que restan, trataremos de asomarnos al futuro de la economía aragonesa desde una doble perspectiva. En primer lugar, profundizando en un fenómeno cuya trascendencia supera lo meramente coyuntural, porque obliga a interrogarse sobre las estrategias de política económica regional a largo plazo: la cuestión del tamaño reducido y la desequilibrada distribución territorial interna de población y actividad. En segundo lugar, analizando las perspectivas que se abren a la economía aragonesa ante el mercado único.

1. Una economía de tamaño reducido y territorialmente desequilibrada

Si, en vez de referirnos a un período de tiempo breve, alargamos el recorrido histórico, una suerte de fatalismo se cierne sobre la economía aragonesa: su incapacidad para aumentar, y aún para mantener, su importancia relativa en el seno de la economía española. Considerando el último medio siglo, el declinar del porcentaje de población ha sido continuado, al margen de los ciclos económicos expansivos o de las etapas de crisis, y ello ha arrastrado inevitablemente a la producción regional hacia un menor peso relativo (cuadro n.º 6). Por otra parte, aumentar el número de años hasta abarcar un siglo o más no sirve sino para confirmar la tendencia, aun descontando cualquier objeción a la calidad de los datos.

Del mismo modo, la renta por habitante mantiene una tendencia clara a situarse por encima de la española, aunque en este

CUADRO N.º 5

DESCOMPOSICION DEL CRECIMIENTO SECTORIAL DE LA ECONOMIA ARAGONESA. 1985-1992
(Análisis *shift-share*)

	<i>Agricultura</i>	<i>Industria</i>	<i>Construcción</i>	<i>Servicios</i>	<i>Total</i>
Variación del producto sectorial	4.391	102.213	39.202	154.051	299.857
Efecto crecimiento nacional	29.340	106.440	17.378	179.831	333.039
Efecto neto total	-24.949	-4.227	21.824	-25.830	-33.182
Efecto proporcional	-23.083	-858	21.774	-4.762	-6.929
Efecto diferencial	-1.866	-3.369	50	-21.068	-26.253

Fuente: Elaboración propia con datos de la Fundación FIES (PAPELES DE ECONOMÍA ESPAÑOLA, n.º 51 y avance 1992).

CUADRO N.º 6

ARAGON EN LA ECONOMIA ESPAÑOLA
(1940-1992)

	1940	1960	1975	1985	1992
Población (A) (porcentaje de la española) ...	4,09	3,65	3,26	3,10	3,04
Producción (B) (porcentaje de la española).	4,27	3,90	3,30	3,45	3,30
(B/A) × 100	104,40	108,30	101,20	111,30	108,60

Fuente: PAPELES DE ECONOMÍA ESPAÑOLA, n.º 45; Fundación FIES, y elaboración propia.

caso sí se aprecian ligeras fluctuaciones en lugar de uniformidad. *Grosso modo*, cabe decir que la renta por habitante aragonesa se mantiene mejor en etapas de crisis, mientras se muestra incapaz de aprovechar al máximo las fases de expansión; así ocurrió en los sesenta y parece haberse repetido en el quinquenio 1985-1992.

Queda claro, en cualquier caso, que la perspectiva histórica no sólo confirma, sino que agrava, el problema del reducido tamaño relativo de la economía aragonesa. Porque de problema puede hablarse si se piensa en la importancia que tienen para la localización de empresas la existencia en un territorio de amplios mercados, facilidades para el su-

ministro de bienes intermedios o abundancia de mano de obra experimentada. En definitiva, la trascendencia actual del viejo concepto «economías de aglomeración», que pone énfasis en la densidad de actividades económicas como activo que facilita la atracción de empresas o la regeneración de un tejido productivo en el que existe latente un espíritu empresarial difícilmente improvable.

Y de problema puede hablarse en un contexto como el del actual Estado español de las autonomías, donde las comunidades se articulan como grupos de presión, y su capacidad para influir en el conjunto, ante la opinión pública nacional o frente al gobierno central, está determinada

por el tamaño. Además, no cabe desconocer que Aragón está muy cerca de otras comunidades autónomas con características opuestas en cuanto a influencia efectiva, y se ve directamente afectada por ello (pensemos, por ejemplo, en la polémica sobre las vacaciones fiscales a empresas en el País Vasco).

El tamaño reducido en términos económicos es consecuencia directa de la escasa población, ya que, siendo ésta un factor productivo muy rígido en el corto plazo, representa un límite a las posibilidades de aumentar la producción más férreo que, por ejemplo, el capital, cuya movilidad es mayor en el interior del mundo desarrollado. Si ésta es la realidad presente, las perspec-

tivas sobre el crecimiento futuro de la población aragonesa son poco alentadoras. Considerando que tiene la peor pirámide poblacional entre las regiones españolas (el porcentaje más bajo de menores de 14 años y también el más alto de mayores de 65), las proyecciones señalan que el crecimiento de la fuerza de trabajo en los próximos veinte años será en Aragón más reducido que en las demás comunidades españolas (van Haselen, 1988). Dicho lo cual, conviene recordar que la tasa de actividad en la Región, al igual que en el resto de España, es mucho menor que en la Europa comunitaria; de modo que reserva de mano de obra existe, aunque cada vez sea más difícil incorporar al trabajo a quien está fuera del mercado.

Frente a una población reducida, Aragón tiene un territorio muy extenso, así que la densidad teórica es baja (25 habitantes por Km²). Sin embargo, población y actividad se encuentran muy desigualmente repartidas, ya que se concentran en torno a la ciudad de Zaragoza y el curso del río Ebro (Serrano Sanz, director, 1992; Serrano Sanz y Bandrés Moliné, 1992). Esto, lejos de ser un inconveniente, compensa, aunque sea de manera parcial, el tamaño reducido al que aludíamos, ya que en la comarca Zaragoza-Ribera del Ebro la densidad de población y actividad es elevada y permite la existencia de modestas, pero significativas, economías de aglomeración.

La concentración también crea ciertas presiones en favor de las políticas de reequilibrio territorial, que pueden ser extremadamente costosas para una región como la aragonesa. En nuestra opinión, el tamaño reducido impone unos recursos muy limitados que aconsejan no dispersar esfuerzos, por-

que el coste de articular y gestionar un espacio tan amplio y poco poblado puede ser inasequible. Es una tarea pendiente en Aragón repensar el territorio con sobriedad y realismo.

Pero hay otro peligro que no se puede dejar de señalar en la cuestión territorial, y es el ensimismamiento como actitud. Porque la existencia de espacios periféricos en el interior de la región puede hacer olvidar que toda ella es periferia —como el conjunto de España— si la vemos donde debe ser contemplada: en el mapa europeo. En un conocido trabajo de Keeble y otros (1988), se trató de estimar el grado de perifericidad de las regiones europeas, entendida aquella como la accesibilidad relativa de cada una a la actividad económica del conjunto de la Comunidad, tal como se halla geográficamente distribuida. Una región situada cerca de otras donde haya una elevada concentración de actividad, ofrecerá a las empresas que se sitúen en ella oportunidades de negocios inmediatas, especialmente si cuenta con buenas comunicaciones y no existen fronteras institucionales. De modo que la distancia entre una región y los centros de gravedad nos da su índice relativo de perifericidad; índice que es muy elevado para la economía española y, naturalmente, para la aragonesa. El concepto ha sido criticado por contener implícita una visión excesivamente física del espacio, precisamente en la época en que se habla de su *terciarización*, y cuando lo decisivo son las redes materiales e inmateriales de comunicación y las vías de transmisión de informaciones. Sin embargo, entendido como un intento de medir los costes que una posición geográfica añade como obstáculo al desarrollo, no

deja de ser útil, porque obliga a tomar conciencia de que el esfuerzo a realizar en las regiones excéntricas, como Aragón, ha de ser necesariamente mayor. En nuestra opinión, reducir la perifericidad de la Región en el marco europeo debe ser su principal objetivo de política territorial, porque es el único que no resta, sino que añade, posibilidades de desarrollo. De ahí la importancia de reforzar las comunicaciones con Francia y las virtudes del llamado eje Norte-Sur, que atiende a este objetivo, mejorando al tiempo el reequilibrio interno.

2. Ante el mercado único

En los trabajos que se han publicado durante estos últimos años sobre las perspectivas de las regiones europeas ante el mercado único, se insiste en que aquellas vendrán, sobre todo, determinadas por la posición competitiva de cada una, ya que la mayor integración económica no garantiza, en sí misma, unos resultados positivos o negativos.

Entre los determinantes de la competitividad, se citan, en los diversos trabajos, numerosos factores; pero hay cuatro que siempre aparecen, y a los que nos referiremos aquí brevemente a la hora de hablar del porvenir de la economía aragonesa: la dotación y calidad de sus factores productivos; las infraestructuras de comunicaciones, ocio y cultura; la especialización de su estructura productiva, y el entorno social y político.

De entre los factores productivos, los recursos naturales están dados; no cuentan entre los principales activos de la economía aragonesa, pero son cada vez menos influyentes en las decisiones

de localización y en los resultados de un territorio. Señalemos únicamente la importancia del agua en la Región, dado el contexto español de notoria escasez. Tampoco el capital acaba siendo un factor limitativo grave para una economía moderna, porque el ahorro fluye hacia donde se necesita. Pero en el caso de Aragón ni siquiera cabe plantearlo en estos términos, ya que tiene excedente de ahorro —cuando menos, considerando la actuación del sistema bancario—, con un 2,80 por 100 de los créditos nacionales frente a un 3,19 de los depósitos (Departamento de Economía y Hacienda, Gobierno de Aragón, 1992).

Son, en cambio, más decisivos como determinantes de la competitividad los otros dos factores productivos: el capital humano y la tecnología. Del primero ya hemos comentado hace un momento su escasez en valores absolutos, aunque convendrá referirse, además, a su cualificación y ponerlo en estos términos en un contexto comunitario, al igual que el ámbito tecnológico. En Comisión de las Comunidades Europeas (1991), se toma como indicador del esfuerzo por cualificar al capital humano la proporción de jóvenes entre 15 y 19 años que se encuentran en el sistema educativo o en algún tipo de aprendizaje profesional; pues bien, Aragón se halla entre las regiones españolas con un porcentaje más elevado, al nivel de las regiones francesas y por debajo de las alemanas, holandesas y danesas.

La situación relativa es considerablemente peor cuando se examinan los gastos en investigación y desarrollo de las empresas como una aproximación al esfuerzo tecnológico. En este campo, de acuerdo con el *Cuarto*

informe, Aragón se encuadra en el estrato más bajo de la Comunidad, junto a Grecia, Portugal, el Sur de Italia y el resto de las regiones españolas (salvo Madrid). Esto último aclara, en todo caso, que no es un problema particular de la economía aragonesa, sino general de la española, lo que no puede servir de justificación, pero ayuda a entender la realidad. De cualquier modo, se trata de uno de los más graves condicionantes que planean sobre el futuro de nuestra economía.

El segundo de los factores de competitividad es la dotación de infraestructuras, que es determinante en la accesibilidad de las empresas a los mercados distantes, tanto para vender sus productos como para obtener suministros, intercambiar tecnología o establecer alianzas. Naturalmente, no se alude sólo a carreteras, ferrocarriles o medios alternativos de transporte, sino a cualquier soporte que sirva a las comunicaciones. Y no deben considerarse solamente las infraestructuras de este tipo, sino aquellas que permiten una mayor calidad de vida a los residentes en un territorio, como las necesarias para la cultura y el ocio, ya que éstas son un activo para la localización del capital humano y de las propias empresas.

En un trabajo reciente de Cuitanda y Paricio (1992), se hace una estimación de la dotación relativa de infraestructuras en todas las regiones españolas, lo que nos permitirá situar a Aragón en un contexto más amplio. En las infraestructuras más directamente económicas, Aragón tiene una deficiente dotación respecto a la media española (índice 44,80 sobre una media de 56,41), debido esencialmente a que los sistemas de transporte se ponen en rela-

ción con un territorio muy vasto, como sabemos, aunque poco poblado. Tampoco la oferta energética alcanza la media española, aunque es la tercera región en infraestructuras para el abastecimiento de aguas. El cuarto tipo de infraestructuras económicas —las comunicaciones— da resultados por encima de la media. En cuanto a la otra categoría de infraestructuras —las de carácter social—, la situación aragonesa es, igualmente, poco positiva. A pesar de ser la segunda región en infraestructuras educativas y la cuarta en sanitarias, las deficiencias en medio ambiente, centros de asistencia social y centros culturales acaban pesando más. En conjunto, el informe no resulta muy optimista, y aclara que hay pendiente un gran esfuerzo inversor en la Región, porque las infraestructuras no garantizan el desarrollo, pero su carencia puede limitarlo.

A la pauta de especialización de la estructura productiva —el tercer factor de competitividad— ya nos hemos referido anteriormente, de modo que allí nos remitimos.

Finalmente, restan el clima social y la actitud de las autoridades como factores que afectan a la competitividad de una determinada región. La mejor forma de evaluar ambos es atender a los resultados de una economía, aunque la sensibilidad de los agentes sociales hacia una determinada situación se puede deducir, en ocasiones, de ciertos signos. En los últimos meses, ha habido algunos de esos signos que denotan una toma de conciencia en la dirección adecuada entre las autoridades y los agentes sociales de Aragón. De ese modo cabe interpretar los esfuerzos del gobierno regional —y también de los empresarios— por articular al-

gún tipo de colaboración, en el denominado eje del Ebro, entre agentes de las tres comunidades autónomas implicados (Aragón, La Rioja y Navarra); una colaboración que permitiría corregir el problema de la reducida dimensión y capacidad de presión de las tres comunidades aisladas.

También la reciente firma de un acuerdo para el progreso industrial de Aragón —entre patronal, sindicatos y gobierno regional— es un signo esperanzador, ya que implica una toma de conciencia generalizada de la gravedad de la situación, y puede contribuir a garantizar la paz social, un activo importante en tiempos de crisis.

NOTAS

(1) Se define el *índice de especialización* de la región (*R*) en un sector (*A*) y para un año respecto al país (*P*) del siguiente modo:

$$\text{Índice } E_{RA} = \frac{X_{RA}/X_R}{X_{PA}/X_A} \times 100$$

siendo:

X_{RA} = Población ocupada (o producción) del sector *A* en la región *R*.

X_R = Población ocupada total (o producción) de la región *R*.

X_{PA} = Población ocupada (o producción) del sector *A* en el país *P*.

X_P = Población ocupada total (o producción) del país *P*.

$$(2) \text{ Índice} = \frac{\text{Productividad sectorial en Aragón}}{\text{Productividad sectorial en España}} \times 100$$

(3) Definido el *índice de dinamismo* del sector (*A*) en la región, entre los años 1 y 1 + *t*. del siguiente modo:

$$\text{Índice } D_A = \frac{X_{A1+t}/X_{A1}}{X_{1+t}/X_1} \times 100$$

siendo:

X_{A1+t} = Producción del sector *A* regional en el año 1 + *t*.

X_{1+t} = Producción total de la región en el año 1 + *t*.

X_{A1} = Producción del sector *A* regional en el año inicial.

X_1 = Producción total de la región en el año inicial 1.

(4) Formalmente, la variación del producto de un sector *X* en una región (*R*), durante un período de tiempo, se puede descomponer en *efecto crecimiento nacional* y *efecto neto total*

$$V_{XR} = ECN + ENT$$

siendo:

$$ECN = P_{XR} \cdot T_N$$

donde P_{XR} es el nivel de producción del sector *X* en la región *R* al comienzo del período y T_N la tasa de crecimiento real de la producción nacional durante el período.

A su vez, el *efecto neto total* se obtiene sumando el *efecto proporcional* y el *efecto diferencial*.

$$ENT = EP + ED$$

calculados éstos del siguiente modo:

$$EP = P_{XR} \cdot (T_{XN} - T_N)$$

$$ED = P_{XR} \cdot (T_{XR} - T_{XN})$$

donde T_{XN} es la tasa de crecimiento nacional del sector y T_{XR} es la tasa de crecimiento del sector en la región.

BIBLIOGRAFIA

COMISIÓN DE LAS COMUNIDADES EUROPEAS (1991), *Cuarto informe sobre la situación económica y el desarrollo de las regiones de la Comunidad*.

CUTANDA, A., y PARICIO, J. (1992), «Crecimiento económico y desigualdades regionales: el impacto de la infraestructura», *PAPELES DE ECONOMÍA ESPAÑOLA*, n.º 51.

DEPARTAMENTO DE ECONOMÍA Y HACIENDA, GOBIERNO DE ARAGÓN (1992), *Boletín de Indicadores Estadísticos*, n.º 16, cuarto trimestre.

HASELEN, H. van (1988), «La demografía de las regiones europeas. Pasado, presente y futuro», *PAPELES DE ECONOMÍA ESPAÑOLA*, n.º 34.

KEEBLE, J., y otros (1988), *Peripheral regions in a Community of twelve members*.

RAYMOND, J. L. (1990), «El perfil coyuntural de las comunidades autónomas», *PAPELES DE ECONOMÍA ESPAÑOLA*, n.º 45.

SERRANO SANZ, J. M.^a (dir.) (1992), *Estructura económica del Valle del Ebro*, Espasa-Calpe, Madrid.

— y BANDRÉS MOLINÉ, E. (1992), «Aragón: los límites de la euforia», *PAPELES DE ECONOMÍA ESPAÑOLA*, n.º 51.